

A close-up photograph of a person's bare midriff. The skin is a warm, golden-brown tone. In the center, there is a navel piercing with a small blue gemstone. To the right, a red leather strap with silver-colored metal studs and a circular buckle is visible. The background is dark, making the skin and the strap stand out.

ESCLAVA BLANCA

EDWARD ROSSET

Finalista del premio Azorín 2005

Esclava blanca es una historia actual de una niña de quince años que es raptada en San Sebastián y es obligada a prostituirse. La joven debe pasar por un verdadero infierno para poder sobrevivir. Tiene que usar toda su inteligencia y habilidad a fin de evitar que la droguen y la conviertan en una piltrafa humana.

Un padre desesperado busca a su hija siguiendo pistas increíbles, a menudo falsas, arriesgando su vida al enfrentarse con mafias organizadas. A su paso por los sitios más sórdidos de Barcelona, Beirut, y por fin de Libia, va dejando un reguero de sangre tras sí. Ésta es una historia actual, basada en hechos reales.

Dedico este libro a María José Font, sin cuya colaboración habría sido imposible escribirlo.

Prólogo - Denuncia

Cuando un individuo busca mantener relaciones sexuales con niños o niñas y no quiere correr el riesgo de ser denunciado, tiene una segunda opción: acudir a la prostitución de menores, si es que dispone de dinero suficiente como para permitírselo. Por otro lado, se encontrará con la dificultad de encontrar un individuo o club que se lo facilite, pues la prostitución infantil se esconde mucho más que la prostitución de adultos. Pero una vez salvados estos dos obstáculos, cualquier persona puede convertir en realidad sus fantasías con una niña o un niño, esclavizado y obligado a ser un objeto para el uso sexual. Dicha prostitución nunca es voluntaria y va acompañada del miedo, el hambre, las drogas y multitud de circunstancias más que pueden convertir la existencia tanto de un menor como de un adulto en un auténtico infierno que siempre sobrepasará nuestra imaginación.

En España son desarticuladas redes de corrupción de menores todos los años, a las que, además, se les incautan miles de fotografías y videos de menores, que serán vendidas de particular a particular mediante catálogo y casi siempre en países distintos al de procedencia para evitar su posible identificación.

A principios de 1996, el Director General de Protección Jurídica del Menor del Ministerio de Asuntos Sociales reconocían ante los medios de comunicación la existencia en nuestro país de mafias dedicadas al tráfico de menores. Además de niños y niñas españoles, en la Península se compran y venden fundamentalmente menores portugueses, dominicanos, marroquíes y procedentes de países del este de Europa.

Para tomar conciencia real de esta situación conviene que reproduzcamos el *modus operandi* de muchos de estos grupos de proxenetas y pederastas:

La captación y el rapto.— ¿De dónde salen las niñas y niños explotados en la prostitución? Fundamentalmente se obtienen de: los cinturones periféricos y las zonas marginales de las grandes ciudades como Madrid, Barcelona, Bilbao...; Las salidas de grandes y medianas discotecas; o de los menores escapados de sus casas.

En los cinturones industriales de las grandes ciudades es donde suelen trabajar las alcahuetas dedicadas a localizar posibles víctimas. Normalmente se trata de prostitutas o exprostitutas que, con frecuencia, dependen de una dosis de heroína. Se aprovechan de las privaciones económicas de las menores y les ofrecen algún trabajo o ayuda económica, normalmente a través de un bar, un espectáculo o un grupo de baile. Una vez que logran ganarse su confianza, les llevan a un establecimiento de la red donde caen en manos del proxeneta.

Dentro de las discotecas o a la salida de las mismas, trabajan algunos ganchos de estas redes. Pueden actuar de dos formas distintas: mediante un «chulo de discoteca» o «guaperas» que seduce a alguna menor para después ofrecerse a llevarla a casa o a otro local, o mediante otra menor obligada a «captar» amigas bajo amenaza de muerte o violación. En ambos casos los ganchos deben ganarse la confianza de las menores y llevárselas hasta un piso o un club

de la red o, en último caso, introducirlas en el coche del proxeneta.

Las menores que se escapan de casa pueden también terminar en una de estas organizaciones. Según los datos manejados por la Guardia Civil, desde 1992 el número de denuncias por desaparición se ha multiplicado por seis. En los dos últimos años se han acumulado casi seiscientos casos de menores desaparecidos que continúan en paradero desconocido. El 10% tiene menos de diez años. Estos casos, sumados a los registrados en 1986 y no resueltos, suponen varios miles de niños desaparecidos.

La retención y el secuestro. Las organizaciones de prostitución utilizan pisos y clubes de alterne para retener a los menores. Una vez que han caído en uno de ellos, comienza el verdadero calvario. Las niñas son encerradas, golpeadas y violadas por sus proxenetas durante varios días. De esta forma, ninguna de ellas será virgen y habrá tenido varias experiencias antes de recibir a su primer cliente, a no ser que alguno de éstos esté interesado en una niña virgen. Por otro lado, las palizas y amenazas aseguran el silencio de las menores, muchas veces aun después de ser detenidos sus proxenetas. En ningún momento dejan de ser vigiladas y no pueden salir a la calle. Normalmente son obligadas a drogarse con cocaína para aumentar su rendimiento o con heroína para doblegarlas, convertirlas en drogadictas y hacerlas así dependientes del proxeneta-camello.

Desenlace. Los menores que caen en manos de estas redes tienen pocas posibilidades de escapar. Si no son liberados por la Policía pueden terminar siendo vendidos al extranjero y no regresar jamás. Pueden ser asesinados cuando ya no sirvan o morir por una sobredosis. Pueden convertirse en drogadictos o simplemente no volver a recuperar su estado emocional normal. Un adolescente de quince años que ha pasado por esto tiene muchas probabilidades de no recuperarse nunca totalmente de los traumas psíquicos y físicos sufridos a una edad en la que el ser humano es tre-

mendamente vulnerable mientras intenta moldear su personalidad.

En nuestro país hay decenas de pisos y clubes en los que se prostituye a menores de edad españolas y de otras nacionalidades. La existencia de más de veinte redes de corrupción de menores en España, en un momento determinado, puede suponer la explotación real de cientos de menores en dicho momento. Y para convertir esto en un negocio tan lucrativo, es necesario que muchos miles de clientes demanden sus servicios. Los testimonios de muchas de las menores liberadas, en los que se describe cómo eran obligadas a trabajar durante toda la noche, nos permiten hablar de un número importante de clientes repartidos por toda nuestra geografía.

Según los datos manejados por el Ministerio de Asuntos Sociales, en España más de cinco mil menores están siendo prostituidos. Pero muchos pederastas españoles no se conforman con la oferta que existe en nuestro país y se desplazan como «turistas sexuales» a países como la República Dominicana, Cuba, Tailandia, Filipinas, etc. Sólo en Asia son prostituidos cerca de un millón de menores, gracias a varios millones de adultos procedentes de Europa Occidental, Estados Unidos, Canadá, Australia y Japón fundamentalmente.

Otro dato importante: según cifras facilitadas por el Instituto de la Mujer, el 22% de las prostitutas que en la actualidad ejercen en España comenzó a vender su cuerpo antes de cumplir dieciocho años de edad.

LAS CIFRAS DE LA BRUTALIDAD.

Las cifras siempre son frías e impersonales, pero nos permiten hacernos una idea global sobre aquello a lo que nos estamos enfrentando. Sólo en la India, entre 270 000 y 400 000 menores están siendo prostituidos en estos mo-

mentos, y cada año 3000 niñas indias son obligadas a prostituirse por primera vez. En Tailandia, la situación afecta a 80 000 menores, de las cuales 60 000 no alcanzan los 13 años de edad. En Indonesia el 20% de las mujeres explotadas sexualmente son menores de edad. La realidad es que la mayoría de los niños y niñas explotadas termina muriendo de SIDA, tuberculosis u otras enfermedades como consecuencia de las relaciones que son obligadas a mantener. Se calcula que, en el año 2004, más de 50 000 menores murieron a causa del SIDA. En las grandes potencias mundiales como Estados Unidos y Canadá se prostituye en la actualidad a cerca de 100 000 menores (20 000 en la ciudad de Nueva York). Al menos otros 100 000 son explotados en la «industria» de la pornografía infantil.

En España, según datos facilitados hace unos años por la entonces Delegada del Gobierno del Ministerio de Asuntos Sociales, Amalia Gómez; «la prostitución infantil alcanza al menos a cinco mil menores en España». Se han desarticulado redes de tráfico de menores en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Málaga, Alicante, Pamplona, Guadalajara, Mallorca, Melilla y Canarias.

El motor principal de la prostitución infantil en muchas zonas es el turismo sexual, sus practicantes son también los mayores consumidores de pornografía infantil, y proceden fundamentalmente de Estados Unidos, Australia y Japón. Según la Organización Mundial del Turismo, cada año se producen más de seiscientos millones de viajes turísticos internacionales. Un 20% de los viajeros consultados reconoce buscar sexo en sus desplazamientos, de los cuales un 3% confiesa tendencias pedófilas; esto supone más de tres millones de personas. Después de la última reforma del Código Penal aprobada hace unos años en el Parlamento español, el turismo sexual queda penado, y se han establecido penas de prisión para los españoles que abusen de niños prostituidos en otros países. Así mismo, se retoma el delito

de corrupción de menores y se establecen condenas mayores para los proxenetas de niños.

CAPÍTULO 1

Diana abrió los ojos sobresaltada y con un movimiento brusco los fijó en el despertador. La esfera luminosa mostraba nítidamente los números fluorescentes en la oscuridad: 4:30.

¡Era raro que no hubiera oído llegar a Julia...!

A su lado, su marido dormía profundamente.

Con gesto nervioso, tiró a un lado la ropa de la cama y puso los pies en el suelo. Una repentina sensación de pánico la hizo despertarse por completo. Descalza, se apresuró a lo largo del pasillo hasta el cuarto de su hija.

La puerta estaba cerrada. Giró el pomo y la entreabrió, atisbando por la apertura con la respiración agitada.

¡La cama estaba intacta!

Nerviosa, encendió la luz, esperando, en un estado de profunda ansiedad, que la bombilla produjera un milagro y, que, al mirar otra vez, viera a su hija durmiendo plácidamente en su cama.

¡Pero no hubo milagro!

Durante varios segundos, Diana no reaccionó. Su mente se negaba a aceptar lo que sus ojos le transmitían.

¡Julia «debía» estar en la cama! ¡Y, sin embargo, no estaba!

Diana trató de autoconvencerse de que la joven volvería de un momento a otro. Pero una voz interna le repetía que algo le había ocurrido a su hija. Su hora de volver a casa los sábados era medianoche. Un agudo pinchazo en el estómago la hizo sentarse en la butaca, respirando afanosamente. Contempló, con una mirada perdida, la cama intacta. Sobre el edredón que ella misma le había regalado para su cumpleaños, yacía el osito de peluche favorito de la niña.

La voz de su marido la sobresaltó.

—¿Qué pasa, Diana?

—¡Julia no está en la cama! —Diana oyó su propia voz, como si fuera otra persona la que hablaba.

—¡Por todos los santos! ¿Cómo que no está?, ¡si son las cuatro y media...!

Diana, acurrucada en la butaca, levantó unos ojos atemorizados hacia su marido.

—¡Algo le ha pasado a la niña, Juan! —dijo—. Hay... hay que llamar a la Ertzaintza.

Juan se adentró en la vacía habitación, como si él mismo quisiera convencerse de que su hija no estaba escondida en algún rincón.

—No podemos llamar a la Ertzaintza un sábado a las cuatro de la madrugada, cuando las calles están a reborar de jóvenes que hacen *gaupasa*.

—Pero, nuestra hija nunca vuelve a casa los sábados más tarde de medianoche.

—Yo lo sé, y tú lo sabes, pero los *ertzainas* no. Lo único que nos dirán es que no pueden hacer nada hasta mañana, por lo menos.

Diana se retorció las manos nerviosa.

—No podemos esperar. Tenemos que hacer algo.

—Llamaremos a alguna de sus amigas. ¿Con quién salió ayer noche?, ¿con Ana?

—Sí. Julia me dijo que iba a salir con ella y que se juntarían con una cuadrilla del instituto.

—¿Sabes el teléfono?

—Está anotado en el directorio.

Juan marcó el número, y con el aparato inalámbrico volvió a la habitación de su hija donde Diana no apartaba los ojos de la cama.

El teléfono sonó durante un buen rato hasta que una voz adormilada respondió al otro lado de la línea.

—¡Diga...!

—Hola, buenas noches. ¿Es la madre de Ana? —preguntó Juan.

—Sí...

—Mira, soy el padre de Julia... Perdona que os moleste a estas horas, pero estamos preocupados porque la niña no ha vuelto todavía. Queríamos saber si Ana ha ido a casa.

—Sí. Está durmiendo.

—¿A qué hora volvió?

—Pues, a las doce, como siempre.

Juan sintió que las piernas le temblaban.

—¿Puedes..., puedes preguntarle qué sabe de Julia?

—La despertaré.

Juan empezaba a ponerse nervioso. Sentía la boca seca y el corazón le latía violentamente. Fijó la mirada en la ventana para no tener que encontrarse con los ojos angustiados de su mujer. Pero fue ella la que se dirigió a él.

—¿Qué dice?

—Va..., va a despertar a Ana.

—Y... y ¿a qué hora volvió?

—Alas doce.

Diana se echó a llorar, nerviosa.

—¡Algo le ha ocurrido! ¡Oh, Dios mío!

En ese momento, la voz de la joven se oyó apagada, al otro lado del teléfono.

—Hola, soy Ana.

—Ana —dijo Juan—. ¿Qué sabes de Julia?

—Nada. ¿No ha ido a casa?

—No. ¿Dónde os separasteis?

—Pues a la altura del puente de Gros. Yo crucé el río hacia la calle Miracruz y ella siguió por los Fueros para coger la calle Prim.

—¿A qué hora?

—Estaban dando en ese momento las campanadas de las doce.

—¿Iba sola?

—Sí.

—¿No quedaría con algún chico?

La voz de la niña sonaba apenas audible en el auricular.

—No. Estuvimos con un grupo de chicos y chicas en la Parte Vieja, pero no nos separamos en ningún momento. Además, quedamos en vemos a las diez de la mañana para ir a ver jugar a unos chicos un partido en la Concha.

Juan no sabía qué más preguntar. Estaba claro que Julia tenía que haber vuelto a las doce de la noche y algo se lo había impedido. Quizá le había atropellado un coche...

—Gracias, Ana —dijo—. Llámanos si sabes algo.

Diana le miró angustiada.

—¿Qué dice Ana?

Juan movió la cabeza negativamente.

—No sabe nada. Se separaron en el puente a las doce en punto. Ella se fue hacia su casa y Julia vino hacia aquí.

La mujer se secó unas manos húmedas de sudor en la bata.

—¡Llama a la Ertzaintza! —dijo—. ¡Date prisa!

—Voy a llamar a Urgencias, primero —dijo Juan, levantando el auricular.

No tardó en contestar una voz femenina.

—Urgencias, dígame...

—Perdone —dijo Juan con nerviosismo—. Pero mi hija no ha vuelto a casa y pensamos que quizá haya podido tener algún accidente... —¿Nombre?

—Julia Aguirre.

—¿Qué edad tiene su hija? —preguntó la voz.

—Quince años... y es pelirroja.

—No —contestó la enfermera—. No ha habido ningún ingreso de esas características esta noche. Llamen al Hospital Provincial, a la Cruz Roja o a la Policía Municipal, quizá ellos sepan algo.

—¿Me da los teléfonos, por favor?.

—Sí, anote.

Juan tomó nota de los números.

—Gracias —dijo, colgando el teléfono.

Marcó los tres números, pero el resultado fue igualmente negativo. Juan se volvió hacia su mujer que había estado escuchando con ansiedad.

—Voy a llamar a la Ertzaintza.

—¡Sí. Date prisa...!

Juan marcó el 112 y casi inmediatamente le respondió la voz del agente de guardia.

—S.O.S. Deiak, dígame.

—Póngame con la Ertzaintza.

Un segundo más tarde le respondió una voz.

—Ertzaintza, dígame.

El angustiado padre trató de humedecerse los labios.

—Es..., es mi hija. Ha desaparecido.

—¿Qué edad tiene?

—Quince años.

—¿A qué hora debería haber vuelto a casa?

—A las doce.

El *ertzaina* no pareció tomar el asunto muy en serio.

—¿Se da usted cuenta que en este momento hay en la Parte Vieja cientos de jóvenes que no volverán a casa hasta que se haga de día?

Una rabia sorda, mezclada con un profundo nerviosismo, se apoderó de Juan.

—No me importa lo que hagan los demás jóvenes —bramó—. Yo sólo sé que mi hija tenía que estar en casa a las doce, y son ya casi las cinco de la madrugada y no está aquí.

—¿Han llamado a sus amigas?

—Sí. Una de sus amigas se despidió de ella a las doce en punto en el puente de Gros. Las dos se dirigieron a sus casas.

El agente de guardia pareció cobrar un cierto interés por la denuncia.

—¿Dónde viven ustedes?

—En San Sebastián, calle Prim 61,4.º izquierda.

—¿Sus nombres?

—Juan Aguirre y Diana Jones.

—¿Nombre de su hija?

—Julia.

—¿Descripción?

—Pelirroja, uno setenta y dos de altura.

—¿Cómo iba vestida?

Juan miró a su mujer.

—¿Te acuerdas lo que llevaba puesto?

Diana asintió como una autómatas sin apartar los ojos de la cama vacía de su hija. Describió las ropas de su hija tal como aparecían ante sus ojos en ese momento.

—Pantalones ceñidos, blancos; blusa estampada y jersey marrón claro. Al hombro llevaba un bolso pequeño de cuero negro y calzaba zapatos negros sin tacón.

—¿Su teléfono?

Después de anotar el número, el agente la tranquilizó.

—Dentro de un rato una patrulla irá a visitarles. Quizá tenga más preguntas que hacerles. Pero les aconsejo que, mientras tanto, descansen un poco...

—¿Cómo diablos quiere que descanemos cuando nuestra hija ha desaparecido...! —interrumpió Juan.

El agente no se alteró.

—Le aseguro que haremos todo lo posible por encontrarla. Pero, por otro lado, les puedo adelantar para su tranquilidad, que todos los sábados recibimos media docena de llamadas como la suya, y las chiquillas siempre aparecen al amanecer.